

Introducción a la semana

La Semana Mayor del año litúrgico nos introduce primero, y nos permite celebrar después lo que constituye el centro del culto cristiano: el misterio pascual de la muerte y resurrección del Señor, fuente de nuestra redención.

De la primera parte (Lunes, Martes y Miércoles Santos) podemos destacar los cánticos del Siervo de Yahvé, del que tratan las lecturas del profeta Isaías (la más larga se lee el Viernes Santo). Hablan del sufrimiento del inocente (a quien Dios sin embargo sostiene, suscitando en él un abandono total a su voluntad), de su carácter mesiánico (= liberador del pueblo según las promesas de Dios), del alcance universalista de su expiación (es decir, de la eficacia purificadora y reconciliadora de su sacrificio en beneficio de todos los hombres, incluso de sus verdugos). Para los cristianos, ese siervo inocente es prelude profético de Cristo, entregado a la muerte para redimir los pecados de todos nosotros.

Precisamente el Triduo Pascual sigue los pasos de los últimos acontecimientos decisivos de la vida de Cristo. El Jueves Santo nos hace revivir la última Cena del Señor con sus discípulos: en ella Jesús establece la Eucaristía como banquete memorial de su inminente muerte en la Cruz; nos recuerda asimismo la institución del sacerdocio de la nueva alianza, que prolongará el cuidado del Buen Pastor sobre su rebaño, y nos inculca el amor fraterno que está en la base de la comunidad que él inició.

El Viernes Santo recorreremos ante todo el camino de la Cruz y nos compenetraremos con su significado salvador: la lectura de la Pasión relata el itinerario dramático que Jesús siguió hasta su muerte en el Calvario y su sepultura; la oración universal nos abre a la intercesión por toda la humanidad que él redimió de esa manera; la adoración de la Cruz nos permite expresar nuestro reconocimiento y gratitud hacia quien dio su vida por nosotros; y la comunión nos une íntimamente con ese misterio de amor, haciéndonos vivir de él.

Finalmente, la Vigilia Pascual nos introduce en la luz y el júbilo de la resurrección del Crucificado, culminación de todas las promesas de Dios que la Escritura nos recuerda y anuncio de la vida nueva que iniciamos en el bautismo y alimentamos en la Eucaristía, a la espera de su consumación en el reino definitivo de Cristo y de Dios.

Lun
18
Abr
2011

Evangelio del día

[Semana Santa](#)

“Éste es mi elegido, a quien prefiero”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 42, 1-7

Mirad a mi siervo,
a quien sostengo;
mi elegido,
en quien me complazco.

He puesto mi espíritu sobre él,
manifestará la justicia a las naciones.

No gritará, no clamará,
no voceará por las calles.

La caña cascada no la quebrará,
la mecha vacilante no la apagará.

Manifestará la justicia con verdad.

No vacilará ni se quebrará,
hasta implantar la justicia en el país.

En su ley esperan las islas.

Esto dice el Señor, Dios,
que crea y despliega los cielos,
consolidó la tierra con su vegetación,
da el respiro al pueblo que la habita
y el aliento a quienes caminan por ella:
«Yo, el Señor,

te he llamado en mi justicia,
te cogí de la mano, te formé
e hice de ti alianza de un pueblo
y luz de las naciones,
para que abras los ojos de los ciegos,
saques a los cautivos de la cárcel,
de la prisión a los que habitan en tinieblas».

Salmo de hoy

Salmo 26, 1. 2. 3. 13-14 R/. El Señor es mi luz y mi salvación

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar? R/.

Cuando me asaltan los malvados
para devorar mi carne,
ellos, enemigos y adversarios,
tropiezan y caen. R/.

Si un ejército acampa contra mí,
mi corazón no tiembla;
si me declaran la guerra,
me siento tranquilo. R/.

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.
Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 12, 1-11

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa.

María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume.

Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice:
«¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?».

Esto lo dijo no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa, se llevaba de lo que iban echando.

Jesús dijo:
«Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis».

Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no solo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos.

Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

Reflexión del Evangelio de hoy

Nos encontramos ya en la semana santa. El Lunes santo se abre con el primer cántico del Siervo de Yavéh y con el relato de la unción con el perfume de los pies de Jesús por parte de María, hermana de Lázaro. Dos relatos que toman un color especial leídos en este tiempo litúrgico.

Al leer la primera lectura del profeta Isaías me viene a la cabeza la imagen del Bautismo de Jesús donde los cielos se abren y se escucha la voz de Dios diciendo: “Este es mi Hijo, en quien me complazco” En este primera cántico del Siervo de Yavéh encontramos una frase muy parecida: “ Este es mi elegido, a quien prefiero”. ¿Puede haber alguna relación?

Por otro lado, el relato del 4º Evangelio que leemos este lunes nos narra la unción de los pies de Jesús por parte de María con un perfume muy caro de nardo. Jesús, en la semana de Pascua, en Betania, cerca de Jerusalén, es ungido por María.

La liturgia de hoy parece subrayarnos un tema: la unción de Jesús de dos formas distintas: la forma divina y la forma humana. De la cabeza a los pies Jesús es ungido, es elegido por Dios y es elegido por los hombres para presentar la ofrenda que agrade a ambas partes. Jesús se hace sacerdote, mediador, que presenta la ofrenda de su vida para que sea agradable a Dios y de esta manera Dios dispense su misericordia sobre el ser humano. Y también Jesús, se hace

ofrenda que viene de Dios hacia el hombre. Por ello, en Jesús, Dios y el ser humano se encuentran, dialogan. El Siervo de Yavéh, el Ungido, el Cristo... son nombres que nos acercan a la realidad de Jesús: verdadero Dios y verdadero hombre.

Comenzamos a vivir los últimos días de la vida de Jesús. En estos días, la divinidad de Jesús se irá ocultando poco a poco... hasta llegar a la cruz donde la divinidad desaparece a los ojos humanos... imposible de ver... pero donde más que nunca se mostrará el trono desde donde Dios gobierna: la cruz. El trono del Amor. Santo Tomás en el "Adorate Devote" lo expresó de una manera singular: *"En la cruz se escondía sólo la divinidad, pero aquí (en la Eucaristía) también se esconde la humanidad"*



Fray José Rafael Reyes González
Real Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Mar
19
Abr
2011

Evangelio del día

[Semana Santa](#)

“El Señor me llamó”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 49, 1-6

Escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos:

El Señor me llamó desde el vientre materno,
de las entrañas de mi madre, y pronunció mi nombre.

Hizo de mi boca una espada afilada,
me escondió en la sombra de su mano;
me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba
y me dijo: «Tú eres mi siervo, Israel,
por medio de ti me glorificaré».

Y yo pensaba: «En vano me he cansado,
en viento y en nada he gastado mis fuerzas».

En realidad el Señor defendía mi causa,
mi recompensa la custodiaba Dios.

Y ahora dice el Señor,
el que me formó desde el vientre como siervo suyo,
para que le devolviese a Jacob,
para que le reuniera a Israel;
he sido glorificado a los ojos de Dios.

Y mi Dios era mi fuerza:
«Es poco que seas mi siervo
para restablecer las tribus de Jacob
y traer de vuelta a los supervivientes de Israel.

Te hago luz de las naciones,
para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra».

Salmo de hoy

Salmo 70. 1-2. 3-4a. 5-6ab. 15ab y 17 R/. Mi boca contará tu salvación, Señor

A ti, Señor, me acojo:
no quede yo derrotado para siempre;
tú que eres justo, líbrame y ponme a salvo,
inclina a mí tu oído, y sálvame. R/.

Sé tú mi roca de refugio,
el alcázar donde me salve,
porque mi peña y mi alcázar eres tú.
Dios mío, líbrame de la mano perversa. R/.

Porque tú, Señor, fuiste mi esperanza
y mi confianza, Señor, desde mi juventud.
En el vientre materno ya me apoyaba en ti,
en el seno tú me sostenías. R/.

Mi boca contará tu justicia,
y todo el día tu salvación.
Dios mío, me instruiste desde mi juventud,
y hasta hoy relato tus maravillas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 13, 21-33. 36-38

En aquel tiempo, estando Jesús a la mesa con sus discípulos, se turbó en su espíritu y dio testimonio diciendo:
«En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar».

Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía.

Uno de ellos, el que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía.

Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó:
«Señor, ¿quién es?».

Le contestó Jesús:
«Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado».

Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo:
«Lo que vas a hacer, hazlo pronto».

Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres.

Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche.

Cuando salió, dijo Jesús:
«Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijitos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: “Donde yo voy no podéis venir vosotros”».

Simón Pedro le dijo:
«Señor, ¿adónde vas?».

Jesús le respondió:
«Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde».

Pedro replicó:
«Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti».

Jesús le contestó:
«¿Conque darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces».

Reflexión del Evangelio de hoy

“El Señor me llamó”

Como es normal, las lecturas de Isaías de estos días, para nosotros apuntan claramente a Jesús. Muchos de los rasgos descritos casan perfectamente con Jesús. En las entrañas de María, ya Dios su Padre “pronunció su nombre”. Fue su boca una “espada afilada”, por eso Dios su Padre confesó: “Éste es mi Hijo, el amado, escuchadle”. Experimentó el cansancio, pero Dios nunca le dejó solo, le llevaba siempre en la palma de sus manos. Le confió la encomienda de llenar la tierra de su luz divina para que los hombres no anduviésemos en tinieblas, “te hago luz de las naciones”. Y El mismo Jesús pasó este banderín a sus

seguidores: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio"... "para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra".

“Profundamente conmovido...” una traición y una negación

Asistimos a los albores de la Iglesia, de la comunidad de seguidores de Jesús, en una cena muy especial, en “la última cena”. En ella, Jesús, en un nuevo gesto de amor, va a instituir la eucaristía, ese alimento y esa bebida especiales, que nos regala para poder caminar por su misma senda. En un momento dado, Jesús se siente “profundamente conmovido”. Esta conmoción se debe a una traición y a una negación. Ambas protagonizadas por dos de los que él ha elegido como amigos más cercanos. También a nosotros la actitud de Judas y de Pedro nos llega al alma, nos gustaría que no hubiesen reaccionado así. Pero, por desgracia, en su traición y negación, tenemos que reconocer muchas traiciones y negaciones que los cristianos de todas las épocas hemos cometido y seguimos cometiendo. Con el corazón dolorido y arrepentidos, hemos de reconocer nuestra falta de amor a Quien tanto nos ama y a la comunidad cristiana a la que hacemos tanto daño.

A propósito del gesto de Judas, un teólogo dominico dice: “Jesús se anticipó a esta traición y la desarmó de antemano... aquella noche Jesús funda una comunidad capaz de soportar cualquier infidelidad... después de soportar la infidelidad de un amigo. En la última cena, Jesús cargó sobre sí y sanó todo aquello que de malo podamos hacer”. Es muy posible que, ante esta reflexión, a cualquiera de nosotros nos vengan a la cabeza los últimos escándalos protagonizados por miembros cualificados de la iglesia.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Mié
20
Abr
2011

Evangelio del día

[Semana Santa](#)

“Si el Señor me ayuda; ¿Quién me condenará?”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 50, 4-9a

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo;
para saber decir al abatido una palabra de aliento.

Cada mañana me espabila el oído,
para que escuche como los discípulos.

El Señor Dios me abrió el oído;
yo no resistí ni me eché atrás.

Ofrecí la espalda a los que me golpeaban,
las mejillas a los que mesaban mi barba;
no escondí el rostro ante ultrajes y salvazos.

El Señor Dios me ayuda,
por eso no sentía los ultrajes;
por eso endurecí el rostro como pedernal,
sabiendo que no quedaría defraudado.

Mi defensor está cerca,
¿quién pleiteará contra mí?

Comparezcamos juntos,
¿quién me acusará?

Que se acerque.

Mirad, el Señor Dios me ayuda,
¿quién me condenará?

Salmo de hoy

Salmo 68, 8-10. 21-22. 31 y 33-34 R/. Señor, que me escuche tu gran bondad el día de tu favor

Por ti he aguantado afrentas,
la vergüenza cubrió mi rostro.
Soy un extraño para mis hermanos,
un extranjero para los hijos de mi madre.
Porque me devora el celo de tu templo,
y las afrentas con que te afrentan caen sobre mi. R/.

La afrenta me destroza el corazón, y desfallezco.
Espero compasión, y no la hay;
consoladores, y no los encuentro.
En mi comida me echaron hiel,
para mi sed me dieron vinagre. R/.

Alabaré el nombre de Dios con cantos,
proclamaré su grandeza con acción de gracias.
Miradlo, los humildes, y alegraos;
buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón.
Que el Señor escucha a sus pobres,
no desprecia a sus cautivos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 26, 14-25

En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso:
«¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?».

Ellos se ajustaron con él en treinta monedas de plata. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo.

El primer día de los Ácimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron:
«¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?».

Él contestó:
«Id a la ciudad, a casa de quien vosotros sabéis, y decidle:
"El Maestro dice: mi hora está cerca; voy a celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos"».

Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua.

Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo:
«En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar».

Ellos, muy entristecidos, se pusieron a preguntarle uno tras otro:
«¿Soy yo acaso, Señor?».

Él respondió:
«El que ha metido conmigo la mano en la fuente, ese me va a entregar. El Hijo del hombre se va como está escrito de él; pero, ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado!, ¡más le valdría a ese hombre no haber nacido!».

Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar:
«¿Soy yo acaso, Maestro?».

Él respondió:
«Tú lo has dicho».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Si el Señor me ayuda; ¿Quién me condenará”

Este tercer canto del Siervo de Yahveh, es de confianza y de victoria. El Siervo, a pesar de su abatimiento, tiene fuerza para animar a los que, como él, se sienten abatidos y abandonados, para darles una palabra de aliento.

Cristo que asumió nuestra carne, es el Siervo compasivo, padece, sufre, pero confía en Dios: “Si el Señor me ayuda, ¿Quién me condenará?”.

La Semana Santa es tiempo de conversión de reencuentro, Cristo sale al paso de quien padece, padece con él, para que, como Él, reciba y sienta la ayuda del Padre. Muere, pero resucita, nos invita a unir nuestros sufrimientos a los suyos, a morir al pecado para resucitar con Él.

Preparemos para celebrar este encuentro con el resucitado en el gran día de la Pascua, con corazón contrito, pero con la alegre esperanza de que Dios nos escucha y nos invita a triunfar con Él.

“¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?

Mientras Judas está dispuesto a vender a Jesús por un puñado de monedas, Cristo está dispuesto a entregar su vida por toda la humanidad, da su vida voluntariamente: “Nadie me la quita, la doy yo voluntariamente, tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo” (Jn 10,18).

Jesús, quiere preparar con todo detalle la última cena que va a celebrar con sus discípulos, su momento, el momento de la entrega, está cerca; acepta, ofrece el sacrificio, pero le duele la traición, así lo manifiesta: “Uno de vosotros me va a entregar” lo dice con serenidad, e incluso manifestando su amor a quien lo va a entregar, le ofrece el pan mojado de su propio plato, pero esperando su respuesta, no fue así, Judas sale para realizar la traición.

La acción de Judas nos parece repugnante. ¿cómo se puede traicionar así a un amigo?

A lo largo de nuestra vida, vemos como buenos amigos rompen la amistad por el dinero, lo valoran más que la amistad. Donde nos situamos nosotros respecto del Amor de Cristo.?



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominica del Rosario

Jue
21 Abr

Homilía de Jueves Santo

Año litúrgico 2010 - 2011 - (Ciclo A)

“Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.”

Introducción

Con estas palabras quiere el autor del cuarto evangelio enmarcar la cena de despedida del Señor Jesucristo con los suyos. Son el resumen de su vida y de lo que Él quiere siga siendo la vida de sus seguidores.

La liturgia del Jueves Santo quiere hacer resonar en nosotros, los creyentes cristianos, este mensaje y esta tarea: hacer presente en medio del mundo y de la humanidad, tantas veces marcados por lo incomprensible, lo violento, lo destructivo, el amor que Jesús vivió hasta el extremo de la entrega total. Desde este amor y por este amor cenó con los suyos, anticipó proféticamente los acontecimientos de su pasión y los perpetuó en medio de su comunidad con los sacramentos de la eucaristía y del ministerio sacerdotal.

Hoy queremos hacer nuestro este amor y ofrecerlo como el más valioso aporte al momento presente de la historia que estamos construyendo, en la confianza de que él encienda entre nosotros nuevos horizontes de firme esperanza.



Fr. César Valero Bajo O.P.
Convento del Rosario (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 12, 1-8. 11-14

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de los hijos de Israel: “El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino más próximo a su casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año; lo escogeréis entre los corderos o los cabritos. Lo guardaréis hasta el día catorce del mes y toda la asamblea de los hijos de Israel lo matará al atardecer”. Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo comáis. Esa noche

comeréis la carne, asada a fuego, y comeréis panes sin fermentar y hierbas amargas. Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el Paso del Señor. Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor. La sangre será vuestra señal en las casas donde habitáis. Cuando yo vea la sangre, pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora, cuando yo hiera a la tierra de Egipto. Este será un día memorable para vosotros; en él celebraréis fiesta en honor del Señor. De generación en generación, como ley perpetua lo festejaréis».

Salmo

Salmo 115, 12-13. 15-16. 17-18 R/. El cáliz de la bendición es comunión de la sangre de Cristo

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor. R/. Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava: rompiste mis cadenas. R/. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando el nombre del Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 11, 23-26

Hermanos: Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

Pautas para la homilía

Jesús se reúne con los suyos para celebrar la gran fiesta judía del poder liberador de Yahvé, que condensa la experiencia religiosa de Israel. Quizás nos resulte difícil valorar el significado profundo de esta fiesta de la libertad a quienes disfrutamos de este maravilloso don, imprescindible para una auténtica y digna realización de la persona humana. El pueblo judío lo recuerda y celebra año tras año. Y el mismo Señor Jesús encaminó toda su vida, tal como queda recogida en las páginas evangélicas, hacia este objetivo de ser fuente de liberación para todos los que se veían oprimidos por alguna de las múltiples expresiones del mal.

Contó para ello con su profunda experiencia del amor del Padre por sus hijas e hijos, un amor que le condujo a la entrega total: a servir a los suyos, a dar la vida, a regalarnos la fuerza misteriosa de su mismo Espíritu.

Es este contexto de amor pleno de Cristo Jesús el que hoy celebra la iglesia. Por amor pasó por el mundo haciendo el bien. Por amor se ciñe la toalla y lava los pies de sus discípulos. Por amor toma el pan y el vino, expresión de su vida entregada hasta el extremo. Por amor hace de ellos sostén de su presencia que es plenitud, vida-sin-fin, razón de firme esperanza. Por amor deja a quienes comparten mesa con Él el encargo de mantener vivo el signo en medio de su pueblo. Por amor abrazará la cruz y subirá al monte de la entrega. Y por amor, el Amor le arrancará del poder de la muerte, y hará de su memorial la fuente de la verdadera libertad.

El memorial de la Cena del Señor, del amor que se adentra en la entrega total, reclama hoy de cada uno de nosotros gestos de amor y de vida entregada, de vida que da vida a quienes carecen de ella o la tienen hipotecada por las duras y crueles realidades de la existencia: enfermos, damnificados, explotados, marginados, excluidos, asustados por la oscuridad del futuro, desafectados, rechazados... a los que viven sin amor, sin cultura, sin sanidad, sin recursos, sin vivienda, sin trabajo, sin pan, sin paz... violentados, torturados, extorsionados, engañados, estafados... carentes de libertad, de dignidad, de apariencia humana...

Celebrar hoy la solemne Cena del Señor, la Eucaristía, habrá de eucaristizar también toda nuestra existencia de creyentes. Y hacernos, en estrecha comunión con el señor Jesucristo, fuente de liberación y oferta constante de amor para todos, avanzando así firmes hacia la gran fraternidad universal.

Justamente estos tiempos recios de increencia y de indiferencia religiosa, al menos en muchos de los ambientes de estas sociedades occidentales del bienestar, nos retan a estas dos grandes tareas: la de multiplicar los gestos de amor que esbozan el rostro del misterio de Dios, que hacen de alguna forma visible al Invisible. Y a multiplicar también los símbolos que le evocan, que son así mismo como un eco del misterio que le constituye.

Con su vida, con su palabra y con su amor, el Señor Jesucristo fue para muchos de su época punto de encuentro con el Dios-Padre amoroso que quiere lo mejor para los suyos y que en la entrega de su Hijo se ha dado a conocer como cercanía entrañable y fuente de libertad y vida inagotable. Hoy nosotros celebramos y nos fundimos en este mismo amor del Señor Jesús. Dejemos que Él haga de cada uno regalo de amor y vida allí donde nos encontremos, fermento de la nueva humanidad que Él inauguró, sueño realizado del banquete universal de la única y plena fraternidad que Dios quiere.



Fr. César Valero Bajo O.P.
Convento del Rosario (Madrid)

Evangelio para niños

Jueves Santo - 21 de abril de 2011



El lavatorio de los pies

Juan 13, 1-15

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando (ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara) y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios a a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y éste le dijo: - Señor, ¿lavarme los pies tú a mí? Jesús le replicó: - Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde. Pedro le dijo: - No me lavarás los pies jamás. Jesús le contestó: - Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo. Simón Pedro le dijo: - Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: - Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos. (Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo. "No todos estáis limpios".) Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: - ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis."

Explicación

Es un día estupendo para recordar con agradecimiento el gesto que Jesús realizó con sus amigos, durante la cena última que compartió con ellos. ¿Lo recordáis? Se puso una toalla a la cintura, cogió una palangana con agua y les lavó los pies uno a uno. Al terminar les comentó que lo que había hecho con ellos, debían hacerlo unos con otros, siendo siempre serviciales.

Vie
22 Abr

Homilía de Viernes Santo

“He aquí al hombre ”

Introducción

Hoy más que nunca la liturgia cristiana se viste de rojo, el color del martirio, la luz del testimonio. Jesús ha nacido y venido al mundo exactamente para eso: ser testigo de la verdad. Y su testimonio culmina en la fidelidad de quien sabe entregar libremente su vida por amor.

Preside esta hora de nona la cruz de Jesús. Bien sabemos los cristianos que Dios no se complace en el sufrimiento, sino en la vida, y que nuestra vocación camina en sentido exactamente inverso al del sado-masquismo. Besar la cruz de Jesús no es rendir homenaje al dolor, sino adorar su fidelidad, su libertad y su amor; un amor tan entero que es capaz de todo, incluso de convertirse, si es necesario (suele serlo), en cruz.



Fray Javier Martínez Real
San Gerónimo - Rep. Dominicana

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 52, 13 — 53, 12

MIRAD, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchos pueblos, ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y comprender algo inaudito. ¿Quién creyó nuestro anuncio?; ¿a quién se reveló el brazo del Señor? Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atractivo, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién se preocupará de su estirpe? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca. El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación: verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

Salmo

Salmo 30, 2 y 6. 12-13. 15-16. 17 y 25 R/. Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu

A ti, Señor, me acojo: no quede yo nunca defraudado; tú, que eres justo, ponme a salvo. A tus manos encomiendo mi espíritu: tú, el Dios leal, me librarás. R/. Soy la burla de todos mis enemigos, la irrisión de mis vecinos, el espanto de mis conocidos: me ven por la calle, y escapan de mí. Me han olvidado como a un muerto, me han desechado como a un cacharro inútil. R/. Pero yo confío en ti, Señor; te digo: «Tú eres mi Dios». En tu mano están mis azares: librame de los enemigos que me persiguen. R/. Haz brillar tu rostro sobre tu siervo, sálvame por tu misericordia. Sed fuertes y valientes de corazón, los que esperáis en el Señor. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9

Hermanos: Ya que tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios, mantengamos firme la confesión de fe. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado. Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno. Cristo, en efecto, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna.

Evangelio del día

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 18, 1 — 19, 42

Cronista: En aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el que lo iba a entregar, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas entonces, tomando una cohorte y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allí con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo: + «¿A quién buscáis?». C. Le contestaron: S. «A Jesús, el Nazareno». C. Les dijo Jesús: + «Yo soy». C. Estaba también con ellos Judas, el que lo iba a entregar. Al decirles: «Yo soy», retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez: + «¿A quién buscáis?». C. Ellos dijeron: S. «A Jesús, el Nazareno». C. Jesús

contestó: + «Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos». C. Y así se cumplió lo que había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me diste». Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro: + «Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?». C. La cohorte, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; Caifás era el que había dado a los judíos este consejo: «Conviene que muera un solo hombre por el pueblo». Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salíó el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada portera dijo entonces a Pedro: S. «¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?». C. Él dijo: S. «No lo soy». C. Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose. El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le contestó: + «Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que me han oído de qué les he hablado. Ellos saben lo que yo he dicho». C. Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo: S. «¿Así contestas al sumo sacerdote?». C. Jesús respondió: + «Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?». C. Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote. C. Simón Pedro estaba de pie, calentándose, y le dijeron: S. «¿No eres tú también de sus discípulos?». C. Él lo negó, diciendo: S. «No lo soy». C. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo: S. «¿No te he visto yo en el huerto con él?». C. Pedro volvió a negar, y enseguida cantó un gallo. C. Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era el amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salíó Pilato afuera, adonde estaban ellos, y dijo: S. «¿Qué acusación presentáis contra este hombre?». C. Le contestaron: S. «Si este no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos». C. Pilato les dijo: S. «Lleváoslo vosotros y juzgado según vuestra ley». C. Los judíos le dijeron: S. «No estamos autorizados para dar muerte a nadie». C. Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir. Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: S. «¿Eres tú el rey de los judíos?». C. Jesús le contestó: + «¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?». C. Pilato replicó: S. «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?». C. Jesús le contestó: + «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí». C. Pilato le dijo: S. «Entonces, ¿tú eres rey?». C. Jesús le contestó: + «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz». C. Pilato le dijo: S. «Y, ¿qué es la verdad?». C. Dicho esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les dijo: S. «Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?». C. Volvieron a gritar: S. «A ese no, a Barrabás». C. El tal Barrabás era un bandido. C. Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían: S. «Salve, rey de los judíos!». C. Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo: S. «Mirad, os lo saco afuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa». C. Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: S. «He aquí al hombre». C. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: S. «Crucifícalo, crucifícalo!». C. Pilato les dijo: S. «Lleváoslo vosotros y crucifícalo, porque yo no encuentro culpa en él». C. Los judíos le contestaron: S. «Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha hecho Hijo de Dios». C. Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más. Entró otra vez en el pretorio y dijo a Jesús: S. «¿De dónde eres tú?». C. Pero Jesús no le dio respuesta. Y Pilato le dijo: S. «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?». C. Jesús le contestó: + «No tendrías ninguna autoridad sobre mí si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor». C. Desde este momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban: S. «Si sueltas a ese, no eres amigo del César. Todo el que se hace rey está contra el César». C. Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó afuera a Jesús y se sentó en el tribunal, en el sitio que llaman «el Enlosado» (en hebreo «Gábbata»). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos: S. «He aquí a vuestro rey». C. Ellos gritaron: S. «¡Fuera, fuera; crucifícalo!». C. Pilato les dijo: S. «¿A vuestro rey voy a crucificar?». C. Contestaron los sumos sacerdotes: S. «No tenemos más rey que al César». C. Entonces se lo entregó para que lo crucificaran. C. Tomaron a Jesús, y, cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice «Gólgota»), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos». Leyerón el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: S. «No escribas “El rey de los judíos”, sino: “Este ha dicho: soy el rey de los judíos”». C. Pilato les contestó: S. «Lo escrito, escrito está». C. Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: S. «No la rasguemos, sino echémosla a suerte, a ver a quién le toca». C. Así se cumplió la Escritura: «Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica». Esto hicieron los soldados. C. Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: + «Mujer, ahí tienes a tu hijo». C. Luego, dijo al discípulo: + «Ahí tienes a tu madre». C. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio. C. Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: + «Tengo sed». C. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: + «Está cumplido». C. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu. [Todos se arrodillan, y se hace una pausa.] C. Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron». C. Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús aunque oculto por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en los lienzos con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

Pautas para la homilía

“Kénosis”: en el rastro de la Encarnación.

Siendo de condición divina, Cristo “se despojó de su rango... Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz” (2 Cor 2,7-8). En la persona de Jesús Dios ha asumido nuestra humanidad sin privilegios ni exoneraciones, con todas sus contingencias. Ni la historia es para Dios un juego ni el niño de Belén escondía ases en la manga.

La Encarnación del Hijo de Dios ha tenido lugar en una historia marcada, de hecho (que no de derecho), por la lógica sacrificial de los poderosos, acostumbrados a no detenerse ante nada ni ante nadie. Solemos referirnos a la pasión y muerte de Jesús en términos de prendimiento, flagelación, coronación de espinas y crucifixión. Quizás fuera mejor que habláramos de búsqueda y captura, de interrogatorio con tortura, de juicio amañado y de ejecución porque estos vocablos habituales podrían ayudarnos a percibir mejor los últimos sucesos de la vida de Jesús en toda su crudeza histórica.

La muerte de Jesús no fue ni natural ni casual. Fue el resultado de la voluntad de los poderosos. No se trató de una muerte sin más, sino de una ejecución y un asesinato, es decir, un homicidio cometido con premeditación y alevosía. Fue la dramática consecuencia histórica de su opción sin fisuras por el Reino, el proyecto de la fraternidad universal soñado por Dios Padre. En una sociedad profundamente incidida por jerarquías, divisiones, conflictos, exclusiones..., dicho proyecto vino a chocar frontalmente con los intereses de los poderosos, que, puestos a ambicionar, hasta pretendían tener a Dios a disposición o, al menos, de su lado. El anuncio por parte de Jesús del futuro del “hombre-hermano porque Dios-Padre” fue percibido por ellos como una amenaza intolerable. Les pareció necesario quitar a Jesús de en medio, y lo quitaron.

Dar la vida.

A Jesús, en efecto, le arrancaron la vida. No es menos verdad que se entregó a la muerte libre (Jn 10,17) y amorosamente porque, como él mismo decía, “nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

Posiblemente no habría sido tan difícil proclamar que el hombre está hecho para el sábado, maldecir a los samaritanos, aplaudir a los ladrones del templo, consentir la lapidación de otra adúltera, dejar de comer con los publicanos, no volver a tocar a un leproso, declarar bienaventurados a los ricos... nadar a favor de la corriente o cambiar de chaqueta a tiempo. Jesús, en cambio, eligió la muerte como el precio que merecía su “tesoro” (Mt 13,44), la consecuencia de una invencible lealtad al Reinado de Dios, el desenlace de su opción radical por la causa de su Padre y de sus hermanos.

Dios no se desdice y Jesús tampoco. Su cruz prolonga su vida o, mejor aún, la extrema o lleva a término. Él es, en efecto, el “Cordero de Dios” (Jn 1,29) –por eso su ejecución es presentada por el evangelista Juan en el momento de la inmolación de los corderos pascuales–, pero el suyo no es un sacrificio ritual, sino existencial; no es el que tiene lugar en el momento último y sobre dos maderos atravesados, sino a lo largo y ancho de sus días y de sus noches, sobre el altar de la vida. La entrega de Jesús culmina y sella el sacrificio de toda su persona, su entera consagración a Dios y a sus hermanos. No es sangre lo que Dios quiere, sino un corazón dispuesto a hacer siempre y en todo su voluntad (Sal 39,7-8; 50,18-19), al precio, si es necesario, de la propia vida. Jesús abrió sus brazos en la cruz como último y definitivo acto de fidelidad. Por eso su muerte es martirio: testimonia acerca de Dios, sí, pero también acerca de la persona humana.

“Ecce homo”: la verdad sobre el hombre.

“He aquí al hombre” (Jn 19,5), indicó Pilato a los sumos sacerdotes y guardias en el momento de presentarles a un Jesús ya torturado y poco antes de entregárselo para que lo crucificaran. Es seguro que no vamos a atribuir a aquel funcionario ambicioso ninguna cualidad profética, pero lo cierto es que Pilato tenía razón, aunque fuera en un sentido por él ignorado. “Desfigurado, no parecía hombre, ni tenía aspecto humano” (Is 52,14) y, sin embargo, aquel Jesús era y es el hombre cabal, la humanidad cumplida, la persona plenamente realizada según el proyecto de Dios, cuya medida no es otra que la del amor.

Se ha dicho mil veces que “el hombre es un lobo para el hombre” y es verdad que a menudo nos comportamos como tales, pero en realidad somos otra cosa: somos hermanos. Los cristianos nos sabemos de camino: creemos que la persona humana es una vocación a “crecer en humanidad, valer más, ser más” y de buen grado afirmamos con Pascal que “el hombre supera infinitamente al hombre” (cf. *Populorum progressio*, 15 y 42). Pues bien, el hombre-hermano que es Jesús define nuestra meta, testimonia la verdad sobre la persona humana, “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (*Lumen gentium*, 22). Jesús ha nacido y venido al mundo “para ser testigo de la verdad” (Jn 18,37), la de Dios y la nuestra, la del “hombre-hermano porque Dios-Padre”.

De seguro que a nuestros propios “gentiles” el hombre-hermano crucificado ha de parecerles una enorme “necedad” (1 Cor 1,23). Stigler, uno de los economistas estrella del neoliberalismo, hacía gala de su peculiar sentido de la racionalidad en estos términos: “Creemos que el hombre es un animal maximizador de utilidad –aparentemente también lo son las palomas y las ratas– hasta el presente no hemos encontrado información para descubrir una parte de su vida en la que invoque unos objetivos diferentes de comportamiento”. Valga como ejemplo de una muy influyente visión de la humanidad con la que hemos de habérmolas. Besar la cruz de Jesús equivale a renegar del hombre-lobo (o paloma o rata) para abrazar con todo el alma al hombre-hermano.

Una fidelidad que alienta a la esperanza.

“La copa que me ha dado mi Padre, ¿no la voy a beber?” (Jn 18,10). Semejante fidelidad de Jesús anima nuestra esperanza, que se obstina en seguir pensando que ni siquiera el desierto agota la vida: el Siervo “creció como brote, como raíz en tierra árida” (Is 53,2). Los cristianos sabemos que el desierto es fértil. Nos gloriamos en la cruz de nuestro Señor y sólo en ella reconocemos la fuente de la vida.

Por eso nos acercamos confiadamente a la cruz de Jesús. No tenemos un Señor “incapaz de compadecerse de nuestras debilidades” (Hb 4,15). Ante él llegamos con nuestros propios desiertos de soledad, de cansancio, de frustración, de abatimiento. Ante él llegamos con nuestros desiertos de inhumanidad y de pecado. Y ante él nos atrevemos a susurrar aquella osadía que aprendimos de los antiguos cristianos: “Feliz culpa, que nos mereció este Salvador”. La liturgia del Viernes Santo termina como en punta, interrumpida en espera de ser reanudada en la Vigilia Pascual y completada por ella: muerte y resurrección son dos aspectos del único Misterio Pascual; la “hora” de Jesús es la de su muerte, pero también la de su glorificación (Jn 12,23). “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24).



Fray Javier Martínez Real
San Gerónimo - Rep. Dominicana

Evangelio para niños



Pasión de nuestro Señor Jesucristo

Juan 18, 1-19, 42

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Tomaron a Jesús, y él cargando con la cruz, salió al sitio llamado "de la calavera" (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: "Jesús el Nazareno, el Rey de los judíos". Lleyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos le dijeron a Pilato: - No escribas "El rey de los judíos", sino "Este ha dicho: Soy rey de los judíos". Pilato les contestó: - Lo escrito, escrito está. Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: - No la rasguemos, sino echemos a suertes a ver a quién le toca. Así se cumplió la Escritura: "Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica". Esto hicieron los soldados. Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre María de Cleofás y María la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: - Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: - Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa. Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura dijo: - Tengo sed. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: - Está cumplido. E, inclinando la cabeza entregó el espíritu."

Explicación

"Este día recordamos la muerte de Jesús, clavado en una cruz. Ocurrió hacia las tres de la tarde, a las afueras de Jerusalén. Le pusieron denuncias por decir que era Hijo de Dios y por proclamarse rey, y en el juicio le trataron de blasfemo y oponente al emperador de Roma. Por eso le condenaron a morir. Junto a la cruz de Jesús, estaba su madre, la hermana de su madre y María Magdalena."

Sáb

23 Abr

Homilía de Vigilia Pascual

Año litúrgico 2010 - 2011 - (Ciclo A)

"¡Oh noche maravillosa!"

Introducción

¡Oh noche maravillosa!

Esta noche la Iglesia celebra el acontecimiento fundamental y fundante de su fe, que está en el origen y en la base de todo, la más maravillosa de las acciones de Dios en favor del género humano: la Resurrección de Cristo. La Vigilia Pascual es la más importante de todas las celebraciones del año. De ahí que comience con un solemne pregón que proclama que estamos ante una noche santa, noche de gracia, "noche dichosa en que se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino". La lecturas litúrgicas ofrecen un recorrido por las diferentes etapas de la historia de la salvación. La primera de estas etapas es la creación del ser humano a imagen de Dios; la palabra poderosa de Dios está en el origen del cosmos y del hombre, un mundo bueno y un ser humano llamado a ser el

interlocutor de Dios, su amigo privilegiado. Continúa luego narrando la gesta de Dios, que libra a su pueblo de las cadenas de la esclavitud y le regala una tierra que mana leche y miel, tierra de fraternidad, tierra de Dios. Esta historia culmina en la resurrección de Cristo, signo del gran amor de Dios a la humanidad y garantía de vida plena y feliz para todos los que siguen el camino que con Cristo se ha abierto a la humanidad.



Fray Martín Gelabert Ballester
Convento de San Vicente Ferrer (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 1, 1 — 2, 2

Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra estaba informe y vacía; la tiniebla cubría la superficie del abismo, mientras el espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas. Dijo Dios: «Exista la luz». Y la luz existió. Vio Dios que la luz era buena. Y separó Dios la luz de la tiniebla. Llamó Dios a la luz «día» y a la tiniebla llamó «noche». Pasó una tarde, pasó una mañana: el día primero. Y dijo Dios: «Exista un firmamento entre las aguas, que separe aguas de aguas». E hizo Dios el firmamento y separó las aguas de debajo del firmamento de las aguas de encima del firmamento. Y así fue. Llamó Dios al firmamento «cielo». Pasó una tarde, pasó una mañana: el día segundo. Dijo Dios: «Júntense las aguas de debajo del cielo en un solo sitio, y que aparezca lo seco». Y así fue. Llamó Dios a lo seco «tierra», y a la masa de las aguas llamó «mar». Y vio Dios que era bueno. Dijo Dios: «Cúbrase la tierra de verdor, de hierba verde que engendre semilla, y de árboles frutales que den fruto según su especie y que lleven semilla sobre la tierra». Y así fue. La tierra brotó hierba verde que engendraba semilla según su especie, y árboles que daban fruto y llevaban semilla según su especie. Y vio Dios que era bueno. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día tercero. Dijo Dios: «Existan lumbreras en el firmamento del cielo, para separar el día de la noche, para señalar las fiestas, los días y los años, y sirvan de lumbreras en el firmamento del cielo, para iluminar sobre la tierra». Y así fue. E hizo Dios dos lumbreras grandes: la lumbrera mayor para regir el día, la lumbrera menor para regir la noche; y las estrellas. Dios las puso en el firmamento del cielo para iluminar la tierra, para regir el día y la noche y para separar la luz de la tiniebla. Y vio Dios que era bueno. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día cuarto. Dijo Dios: «Bullan las aguas de seres vivientes, y vuelen los pájaros sobre la tierra frente al firmamento del cielo». Y creó Dios los grandes cetáceos y los seres vivientes que se deslizan y que las aguas fueron produciendo según sus especies, y las aves aladas según sus especies. Y vio Dios que era bueno. Luego los bendijo Dios, diciendo: «Sed fecundos y multiplicaos, llenad las aguas del mar; y que las aves se multipliquen en la tierra». Pasó una tarde, pasó una mañana: el día quinto. Dijo Dios: «Produzca la tierra seres vivientes según sus especies: ganados, reptiles y fieras según sus especies». Y así fue. E hizo Dios las fieras según sus especies, los ganados según sus especies y los reptiles según sus especies. Y vio Dios que era bueno. Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra». Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer lo creó. Dios los bendijo; y les dijo Dios: «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra». Y dijo Dios: «Mirad, os entrego todas las hierbas que engendran semilla sobre la superficie de la tierra y todos los árboles frutales que engendran semilla: os servirán de alimento. Y la hierba verde servirá de alimento a todas las fieras de la tierra, a todas las aves del cielo, a todos los reptiles de la tierra y a todo ser que respira». Y así fue. Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día sexto. Así quedaron concluidos el cielo, la tierra y todo el universo. Y habiendo concluido el día séptimo la obra que había hecho, descansó el día séptimo de toda la obra que había hecho. SALMO: Sal 103, 1-2a. 5-6. 10 y 12. 13-14. 24 y 35c R/. Envía tu espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra. V/. Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío, qué grande eres! Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto. R/. V/. Asentaste la tierra sobre sus cimientos, y no vacilará jamás; la cubriste con el manto del océano, y las aguas se posaron sobre las montañas. R/. V/. De los manantiales sacas los ríos, para que fluyan entre los montes; junto a ellos habitan las aves del cielo, y entre las frondas se oye su canto. R/. V/. Desde tu morada riegas los montes, y la tierra se sacia de tu acción fecunda; haces brotar hierba para los ganados, y forraje para los que sirven al hombre. Él saca pan de los campos. R/. V/. Cuántas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con sabiduría; la tierra está llena de tus criaturas. ¡Bendice, alma mía, al Señor! R/.

Salmo

Lectura del libro del Génesis 22, 1-18

En aquellos días, Dios puso a prueba a Abrahán. Le dijo: «¡Abrahán!». El respondió: «Aquí estoy». Dios dijo: «Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac, y vete a la tierra de Moria y ofrécelo allí en holocausto en uno de los montes que yo te indicaré». Abrahán madrugó, aparejó el asno y se llevó consigo a dos criados y a su hijo Isaac; cortó leña para el holocausto y se encaminó al lugar que le había indicado Dios. Al tercer día levantó Abrahán los ojos y divisó el sitio desde lejos. Abrahán dijo a sus criados: «Quedaos aquí con el asno; yo con el muchacho iré hasta allá para adorar, y después volveremos con vosotros». Abrahán tomó la leña para el holocausto, se la cargó a su hijo Isaac, y él llevaba el fuego y el cuchillo. Los dos caminaban juntos. Isaac dijo a Abrahán, su padre: «Padre». Él respondió: «Aquí estoy, hijo mío». El muchacho dijo: «Tenemos fuego y leña, pero, ¿dónde está el cordero para el holocausto?». Abrahán contestó: «Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío». Y siguieron caminando juntos. Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levantó allí el altar y apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Entonces Abrahán alargó la mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: «¡Abrahán, Abrahán!». Él contestó: «Aquí estoy». El ángel le ordenó: «No alargues la mano contra el muchacho ni le hagas nada. Ahora he comprobado que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, a tu único hijo». Abrahán levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en la maleza. Se acercó, tomó el carnero y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. Abrahán llamó aquel sitio «El Señor ve», por lo que se dice aún hoy «En el monte el Señor es visto». El ángel del Señor llamó a Abrahán por segunda vez desde el cielo y le dijo: «Juro por mí mismo, oráculo del Señor: por haber hecho esto, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te colmaré de bendiciones y multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de sus enemigos. Todas las naciones de la tierra se bendecirán con tu descendencia, porque has escuchado mi voz». SALMO Sal 15, 5 y 8. 9-10. 11 R/. Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti. El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. R/. Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa esperanzada. Porque no me abandonarás en la región de los muertos ni dejarás a tu fiel ver la corrupción. R/. Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha. R/.

Segunda lectura

Lectura del libro del Éxodo 14, 15 — 15, 1a

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés: «¿Por qué sigues clamando a mí? Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha. Y tú, alza tu cayado, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los hijos de Israel pasen por medio del mar, por lo seco. Yo haré que los egipcios se obstinen y entren detrás de vosotros, y me cubriré de gloria a costa del faraón y de todo su ejército, de sus carros y de sus jinetes. Así sabrán los egipcios que yo soy el Señor, cuando me haya cubierto de gloria a costa del faraón, de sus carros y de sus jinetes». Se puso en marcha el ángel del Señor, que iba al frente del ejército de Israel, y pasó a retaguardia. También la columna de nube, que iba delante de ellos, se desplazó y se colocó detrás, poniéndose entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel. La nube era tenebrosa y transcurrió toda la noche sin que los ejércitos pudieran aproximarse el uno al otro. Moisés extendió su mano sobre el mar y el Señor hizo retirarse el mar con un fuerte viento del este que sopló toda la noche; el mar se secó y se dividieron las aguas. Los hijos de Israel entraron en medio del mar, en lo seco, y las aguas les hacían de muralla a derecha e izquierda. Los egipcios los persiguieron y entraron tras ellos, en medio del mar: todos los caballos del faraón, sus carros y sus jinetes. Era ya la vigilia matutina cuando el Señor miró desde la columna de fuego y humo hacia el ejército de los egipcios y sembró el pánico en el ejército egipcio. Trabajó las ruedas de sus carros, haciéndolos avanzar pesadamente. Los egipcios dijeron: «Huyamos ante Israel, porque el Señor lucha por él contra Egipto». Luego dijo el Señor a Moisés: «Extiende tu mano sobre el mar, y vuelvan las aguas sobre los egipcios, sus carros y sus jinetes». Moisés extendió su mano sobre el mar; y al despuntar el día el mar recobró su estado natural, de modo que los egipcios, en su huida, toparon con las aguas. Así precipitó el Señor a los egipcios en medio del mar. Las aguas volvieron y cubrieron los carros, los jinetes y todo el ejército del faraón, que había entrado en el mar. Ni uno solo se salvó. Mas los hijos de Israel pasaron en seco por medio del mar, mientras las aguas hacían de muralla a derecha e izquierda. Aquel día salvó el Señor a Israel del poder de Egipto, e Israel vio a los egipcios muertos, en la orilla del mar. Vio, pues, Israel la mano potente que el Señor había desplegado contra los egipcios, y temió el pueblo al Señor, y creyó en el Señor y en Moisés, su siervo. Entonces Moisés y los hijos de Israel entonaron este canto al Señor: SALMO Salmo responsorial Ex 15, 1b-2. 3-4. 5-6. 17-18 R/. Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria. V/. Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria, caballos y carros ha arrojado en el mar. Mi fuerza y mi poder es el Señor, El fue mi salvación. Él es mi Dios: yo lo alabaré; el Dios de mis padres: yo lo ensalzaré. R/. V/. El Señor es un guerrero, su nombre es “El Señor”. Los carros del faraón los lanzó al mar, ahogó en el mar Rojo a sus mejores capitanes. R/. V/. Las olas los cubrieron, bajaron hasta el fondo como piedras. Tu diestra, Señor, es magnífica en poder, tu diestra, Señor, tritura al enemigo. R/. V/. Lo introduces y lo plantas en el monte de tu heredad, lugar del que hiciste tu trono, Señor; santuario, Señor, que fundaron tus manos. El Señor reina por siempre jamás. R/.

Tercera lectura

Lectura del libro de Isaías 54, 5-14

Quien te desposa es tu Hacedor: su nombre es Señor todopoderoso. Tu libertador es el Santo de Israel: se llama «Dios de toda la tierra». Como a mujer abandonada y abatida te llama el Señor; como a esposa de juventud, repudiada —dice tu Dios—. Por un instante te abandoné, pero con gran cariño te reuniré. En un arrebato de ira, por un instante te escondí mi rostro, pero con amor eterno te quiero —dice el Señor, tu libertador—. Me sucede como en los días de Noé: juré que las aguas de Noé no volverían a cubrir la tierra; así juro no irritarme contra ti ni amenazarte. Aunque los montes cambiasen y vacilaran las colinas, no cambiaría mi amor, ni vacilaría mi alianza de paz —dice el Señor que te quiere—. ¡Ciudad afligida, azotada por el viento, a quien nadie consuela! Mira, yo mismo asiento tus piedras sobre azabaches, tus cimientos sobre zafiros; haré tus almenas de rubí, tus puertas de esmeralda, y de piedras preciosas tus bastiones. Tus hijos serán discípulos del Señor, gozarán de gran prosperidad tus constructores. Tendrás tu fundamento en la justicia: lejos de la opresión, no tendrás que temer; lejos del terror, que no se acercará. SALMO Salmo responsorial Sal 29, 2 y 4. 5-6. 11 y 12a y 13b R/. Te ensalzaré, Señor, porque me has librado. V/. Te ensalzaré, Señor, porque me has librado y no has dejado que mis enemigos se rían de mí. Señor, sacaste mi vida del abismo, y me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa. R/. V/. Tañed para el Señor, fieles suyos, celebrad el recuerdo de su nombre santo; su cólera dura un instante; su bondad, de por vida; al atardecer nos visita el llanto; por la mañana, el júbilo. R/. V/. Escucha, Señor, y ten piedad de mí; Señor, socórreme. Cambiaste mi luto en danzas. Señor Dios mío, te daré gracias por siempre. R/.

Cuarta lectura

Lectura del libro de Isaías 55, 1-11

Esto dice el Señor: «Sedientos todos, acudid por agua; venid, también los que no tenéis dinero: comprad trigo y comed, venid y comprad, sin dinero y de balde, vino y leche. ¿Por qué gastar dinero en lo que no alimenta y el salario en lo que no da hartura? Escuchadme atentos y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Inclinaid vuestro oído, venid a mí: escuchadme y viviréis. Sellaré con vosotros una alianza perpetua, las misericordias firmes hechas a David: lo hice mi testigo para los pueblos, guía y soberano de naciones. Tú llamarás a un pueblo desconocido, un pueblo que no te conocía correrá hacia ti; porque el Señor tu Dios, el Santo de Israel te glorifica. Buscad al Señor mientras se deja encontrar, invocadlo mientras está cerca. Que el malvado abandone su camino, y el malhechor sus planes; que se convierta al Señor, y él tendrá piedad, a nuestro Dios, que es rico en perdón. Porque mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos —oráculo del Señor—. Cuanto dista el cielo de la tierra, así distan mis caminos de los vuestros, y mis planes de vuestros planes. Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo». SALMO Salmo responsorial Is 12, 2-3. 4bcde. 5-6 R/. Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación V/. «Él es mi Dios y Salvador: confiaré y no temeré, porque mi fuerza y mi poder es el Señor, él fue mi salvación». Y sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación. R/. V/. «Dad gracias al Señor, invocad su nombre, contad a los pueblos sus hazañas, proclamad que su nombre es excelso». R/. V/. Tañed para el Señor, que hizo proezas, anunciadlas a toda la tierra; gritad jubilosos, habitantes de Sión, porque es grande es en medio de ti el Santo de Israel. R/.

Quinta lectura

Lectura del libro de Baruc 3, 9-15. 32-4, 4

Escucha, Israel, mandatos de vida; presta oído y aprende prudencia. ¿Cuál es la razón, Israel, de que sigas en país enemigo, envejeciendo en tierra extranjera; de que te crean un ser contaminado, un muerto habitante del Abismo? ¡Abandonaste la fuente de la sabiduría! Si hubieras seguido el camino de Dios, habitarías

en paz para siempre. Aprende dónde está la prudencia, dónde el valor y la inteligencia, dónde una larga vida, la luz de los ojos y la paz. ¿Quién encontró su lugar o tuvo acceso a sus tesoros? El que todo lo sabe la conoce, la ha examinado y la penetra; el que creó la tierra para siempre y la llenó de animales cuadrúpedos; el que envía la luz y le obedece, la llama y acude temblorosa; a los astros que velan gozosos arriba en sus puestos de guardia, los llama, y responden: «Presentes», y brillan gozosos para su Creador. Este es nuestro Dios, y no hay quien se le pueda comparar; rastreó el camino de la inteligencia y se lo enseñó a su hijo, Jacob, se lo mostró a su amado, Israel. Después apareció en el mundo y vivió en medio de los hombres. Es el libro de los mandatos de Dios, la ley de validez eterna: los que la guarden vivirán; los que la abandonen morirán. Vuélvete, Jacob, a recibirla, camina al resplandor de su luz; no entregues a otros tu gloria, ni tu dignidad a un pueblo extranjero. ¡Dichosos nosotros, Israel, que conocemos lo que agrada al Señor! SALMO Salmo responsorial Sal 18, 8. 9. 10. 11 R/. Señor, tú tienes palabras de vida eterna V/. La ley del Señor es perfecta y es descanso del alma; el precepto del Señor es fiel e instruye a los ignorantes. R/. V/. Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón; la norma del Señor es límpida y da luz a los ojos. R/. V/. El temor del Señor es puro y eternamente estable; los mandamientos del Señor son verdaderos y eternamente justos. R/. V/. Más preciosos que el oro, más que el oro fino; más dulce que la miel de un panal que destila. R/.

Sexta lectura

Lectura de la profecía de Ezequiel 36, 16-28

Me vino esta palabra del Señor: «Hijo de hombre, la casa de Israel profanó con su conducta y sus acciones la tierra en que habitaba. Me enfurecí contra ellos, por la sangre que habían derramado en el país, y por haberlo profanado con sus ídolos. Los dispersé por las naciones, y anduvieron dispersos por diversos países. Los he juzgado según su conducta y sus acciones. Al llegar a las diversas naciones, profanaron mi santo nombre, ya que de ellos se decía: "Estos son el pueblo del Señor y han debido abandonar su tierra". Así que tuve que defender mi santo nombre, profanado por la casa de Israel entre las naciones adonde había ido. Por eso, di a la casa de Israel: "Esto dice el Señor Dios: No hago esto por vosotros, casa de Israel, sino por mi santo nombre, profanado por vosotros en las naciones a las que fuisteis. Manifestaré la santidad de mi gran nombre, profanado entre los gentiles, porque vosotros lo habéis profanado en medio de ellos. Reconocerán las naciones que yo soy el Señor —oráculo del Señor Dios—, cuando por medio de vosotros les haga ver mi santidad. Os recogeré de entre las naciones, os reuniré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra. Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar; y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos. Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios"». SALMO Salmo responsorial Sal 41, 3. 5bcd; 42, 3. 4 R/. Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío V/. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios? R/. V/. Cómo entraba en el recinto santo, cómo avanzaba hacia la casa de Dios, entre cantos de júbilo y alabanza, en el bullicio de la fiesta. R/. V/. Envía tu luz y tu verdad: que ellas me guíen y me conduzcan hasta tu monte santo, hasta tu morada. R/. V/. Me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría; y te daré gracias al son de la cítara, Dios, Dios mío. R/.

Séptima lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 6, 3-11

Hermanos: Cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Pues si hemos sido incorporados a él en una muerte como la suya, lo seremos también en una resurrección como la suya; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con Cristo, para que fuera destruido el cuerpo de pecado, y, de este modo, nosotros dejáramos de servir al pecado; porque quien muere ha quedado libre del pecado. Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque quien ha muerto, ha muerto al pecado de una vez para siempre; y quien vive, vive para Dios. Lo mismo vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús. SALMO Salmo responsorial Sal 117, 1-2. 16-17. 22-23 R/. Aleluya, aleluya, aleluya V/. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. R/. V/. «La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa». No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. R/. V/. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 28, 1-10

Pasado el sábado, al alborear el primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve; los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres: «Vosotras, no temáis, ya sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí: ¡ha resucitado!, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id aprisa a decir a sus discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis". Mirad, os lo he anunciado». Ellas se marcharon a toda prisa del sepulcro; llenas de miedo y de alegría corrieron a anunciarlo a los discípulos. De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: «Alegraos». Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y se postraron ante él. Jesús les dijo: «No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán».

Pautas para la homilía

Esta noche celebramos que, en contra de todas las apariencias, Dios siempre tiene la última y definitiva palabra. Y esta palabra es el amor. Dios ama al ser humano. En la resurrección de Cristo el amor de Dios se manifiesta mucho más poderoso que el pecado del mundo. El pecado del mundo consiste en rechazar a Dios y en rechazar al ser humano, creado a imagen de Dios. Este pecado encuentra su culminación en la crucifixión de Cristo, el enviado de Dios, que se identifica con los más pobres y necesitados de los humanos y les anuncia un Reino en el que encontrarán saciedad y alegría. Pues bien, al resucitar a este Jesús, rechazado por aquellos que no quisieron escuchar su palabra y no acogieron su llamada a la conversión, Dios manifiesta que es más poderoso que todas las muertes, que su voluntad de amor termina cumpliéndose a pesar de todos los obstáculos y rechazos. La muerte no tiene dominio sobre Jesús, porque los que tienen a Dios con ellos tienen el poder de vencer a la muerte.

Nosotros celebramos este acontecimiento salvador reunidos como comunidad de fe. Aquí, en medio de esta asamblea, se hace presente Cristo resucitado. Con una presencia real, pero no material. Confesar la resurrección de Cristo sólo puede hacerse desde la fe. Una fe que, como dice Tomás de Aquino, anticipa la vida eterna en nosotros. Pero la fe la tenemos nosotros, en este mundo, mientras que los bienes futuros que esperamos, la vida divina, siguen siendo futuros. Nosotros sólo los poseemos sacramentalmente y en la fe, como en una especie de pregustación, no como una posesión plena y definitiva.

De ahí que esta sea una noche especialmente sacramental, en la que la Pascua de Cristo se hace presente en los dos sacramentos principales que construyen la Iglesia, el bautismo y la eucaristía. Cristo resucitado viene esta noche a cada uno de nosotros por medio de estos sacramentos, que contienen la vida eterna de Dios, pero no son la plenitud de esta vida. Así se explica que, junto con la pregustación de la vida eterna, seguimos experimentando las arideces y dificultades de la vida en este mundo.

En esta línea me parecen de suma actualidad las palabras del ángel que anuncia la resurrección a las mujeres, palabras que luego repite Jesús resucitado cuando se encuentra con ellas: "no tengáis miedo". ¿Cuál es el miedo que puede dar la resurrección de Jesús? La de encontrarnos solos en nuestra tarea cotidiana en el mundo, sin la esperada presencia de Dios que parecen prometer los consuelos espirituales. Esta noche todos estamos felices, porque estamos convencidos de que Cristo ha resucitado y que por medio de su Espíritu dinamiza nuestras vidas con el poder de su resurrección. Por eso, sentimos con fuerza su llamada a vivir en el amor y en el perdón, su llamada a trabajar por un mundo más justo en el que se encuentren ya fragmentos de su presencia vivificadora.

Pero, terminada la celebración, más de una vez experimentaremos el silencio y la lejanía de Dios. ¿No es extraño que en el tiempo pascual el cristiano experimente la dureza de la vida? Cristo ha resucitado, pero nosotros seguimos siendo peregrinos en un mundo difícil que esconde cruces por todas partes. Cuando lleguen las dificultades corremos el riesgo de preguntar dónde está Dios, y el poder de su resurrección, y la fuerza de su Espíritu. Para estos momentos son estas palabras que hemos escuchado esta noche: no tengáis miedo. Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo. Estoy con vosotros a pesar de mi aparente silencio, a pesar de la dureza de la vida, a pesar de las decepciones y de los fracasos.

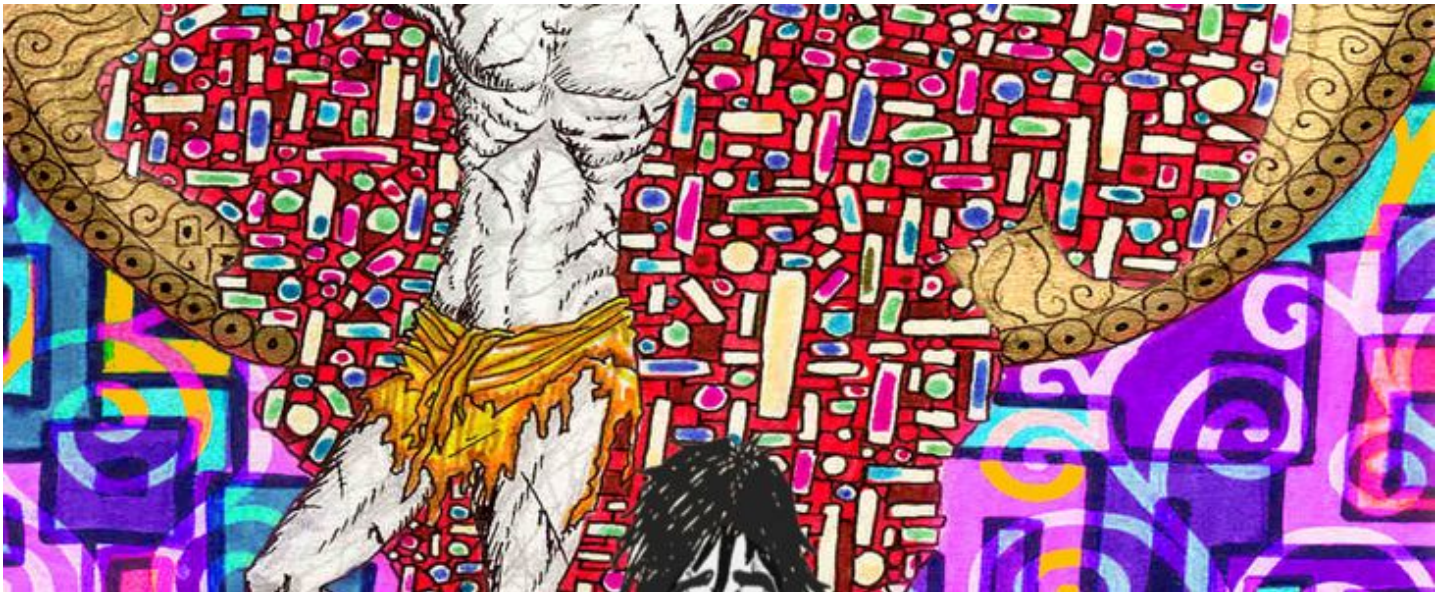
No tengáis miedo, hay que seguir adelante. Cada vez que os levantáis de vuestras caídas, cada vez que continuáis a pesar de vuestro cansancio, ahí está la prueba de mi presencia, que vence el miedo, el cansancio, la debilidad. Porque la resurrección de Cristo se vive hoy en la debilidad de la Iglesia y en la debilidad de nuestra vida. A Cristo resucitado le encontramos hoy, como entonces, "en Galilea", o sea, en lo cotidiano de la vida, en el trabajo habitual, en el esfuerzo por construir ya el Reino de Dios, en la vida familiar. Allí estoy yo, nos dice, "allí me veréis", allí está el poder de mi resurrección que os acompaña siempre.



Fray Martín Gelabert Ballester
Convento de San Vicente Ferrer (Valencia)

Evangelio para niños

Vigilia Pascual - 23 de abril de 2011



El sepulcro vacío

Mateo 28, 1-10

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En la madrugada del sábado, al alborar el primer día de la semana, fueron María la Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve; los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres: -Vosotras no temáis, ya sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí: Ha resucitado, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id a deciros a vuestros discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo vereis". Mirad, os lo he anunciado. Ellas se marcharon a toda prisa del sepulcro: impresionadas y

llenas de alegría corrieron a anunciarlo a los discípulos. De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: -Alegraos. Ellas se acercaron, se postraron ante él y le abrazaron los pies. Jesús les dijo: -No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán.

Explicación

Con las luces del alba del primer día de la semana fueron algunas mujeres a ver el sepulcro. Pero un ángel del cielo estaba sentado encima de la piedra que lo cerraba y les dijo a las mujeres: -Ha resucitado. No temáis ya sé que buscáis al crucificado. Va por delante a Galilea decídselo a los discípulos. Y ellas corrieron alegres a decirlo. Nosotros también tenemos que estar hoy alegres pues es el día más grande de todo el año: el día de la RESURRECCIÓN.

Dom
24 Abr

Homilía de Domingo de Resurrección

Año litúrgico 2010 - 2011 - (Ciclo A)

“Hoy es el día en que actuó el Señor; sea nuestra alegría y nuestro gozo.”

Introducción

“Hoy es el día en que actuó el Señor; sea nuestra alegría y nuestro gozo”.

Estas palabras del salmista son una profecía que se cumple hoy plenamente en la resurrección de Cristo. Hoy Dios ha actuado poderosamente a favor de su Mesías y esta actuación nos llena de gozo y alegría, porque vemos en ella la primicia de nuestra propia resurrección. Cristo ha resucitado como el primero de una larga lista de hermanos. El ha resucitado, sí, y nosotros esperamos resucitar con él. Hoy, los que hemos venido a celebrar esta Eucaristía, unimos nuestras voces a un rumor que corre desde hace siglos entre los creyentes, rumor que no se ha apagado aún. Es el testimonio de los que han descubierto que Dios salva, que libera, que hace una promesa de futuro para el ser humano. Como primicia del proyecto salvador de Dios, Jesús de Nazaret ha entrado ya en el futuro que aguarda a todo ser humano. Y desde este futuro, sigue estando con nosotros todos los días, sosteniendo nuestras tareas presentes en favor del Reino de Dios y alentando nuestra esperanza por medio de su Espíritu. Porque la fiesta de la resurrección del Señor no se celebra mediante ritos externos, sino mediante la novedad de una vida nueva.



Fray Martín Gelabert Ballester
Convento de San Vicente Ferrer (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 10, 34a. 37-43

En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: «Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén. A este lo mataron, colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos. Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. De él dan testimonio todos los profetas: que todos los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados».

Salmo

Salmo 117, 1-2. 16-17. 22-23 R/. Este es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. R/. «La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa». No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. R/. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Colosenses 3, 1-4

Hermanos: Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros

apareceréis gloriosos, juntamente con él.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 1-9

El primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto». Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

Pautas para la homilía

(Estas pautas presuponen que se ha leído la lectura de 1 Cor 5,6b-8)

Una vez martirizado Jesús, y tras un largo Sábado Santo, muchas y muchos de los que lo habían seguido proclamaron valientemente que Jesús estaba vivo, había resucitado de entre los muertos, y se habían encontrado con él, experimentando en sus vidas su presencia y la fuerza de su Espíritu. El anuncio, después de la decepción del Viernes Santo, no fue fácil. Y solo se explica porque Jesús mismo, en contra de las expectativas de los suyos, se dejó ver; impuso su presencia a aquellas mujeres y a aquellos varones antes decepcionados y acobardados. Entonces recobraron la alegría, y también el valor para anunciar algo que resultaba peligroso para sus vidas. Pues anunciar que Jesús había resucitado equivalía a decir no solo que su causa seguía en pie, sino que él mismo estaba vivo para ponerse al frente de la causa. Esto significaba, además, que Dios había dado la razón a Jesús y se la había quitado a sus asesinos; significaba que las autoridades se habían equivocado, que ellas no tenían razón, que no habían podido con Jesús y, por consiguiente, tampoco iban a poder con los suyos. La proclamación de la resurrección no dejó indiferente al poder religioso y político que había condenado a Jesús. Anunciar la resurrección era una provocación.

Este anuncio debería seguir siendo hoy una provocación. Por tanto, debería ir necesariamente unido a un serio compromiso a favor de la vida y en contra de todos los males, injusticias y mentiras que pueblan este mundo. Solo entonces este anuncio resultará una buena noticia para las víctimas y una seria advertencia para los verdugos. En un anuncio así se manifiesta el poder de vida del Espíritu del Resucitado que mueve a sus portadores a actualizar en nuestro mundo la palabra y la obra de Jesús. Creer en la resurrección de Cristo es creer que la muerte, la mentira, el odio y la injusticia no tienen ningún futuro, que es inútil construir sobre estas realidades que se oponen a Dios. Lo que tiene futuro es la verdad, la vida y el amor. Por eso es posible luchar por la vida y el amor sin temor a la muerte.

Este compromiso a favor de la vida, sólo es posible si los cristianos vivimos una vida resucitada. En esta línea San Pablo decía a los Corintios, y nos sigue diciendo a nosotros, que estamos llamados a fermentar la masa, a ser luz para el mundo, a manifestar que la vida tiene sentido, a ofrecer razones para vivir. Pero, ¡atención dice San Pablo!, la masa no puede fermentarse con levadura vieja, “porque sois panes ázimos”. Vale la pena detenerse en estas extrañas palabras: “sois panes ázimos”. Un pan ázimo es un pan sin levadura. Los judíos celebraban la Pascua con pan ázimo recordando la apresurada salida de Egipto, en la que llevaron consigo solamente panes sin levadura. Pero los ázimos son también un símbolo de purificación: eliminar lo viejo para dejar espacio a lo nuevo. A la luz de la resurrección de Cristo, donde acontece la verdadera novedad, pues allí aparece la vida que no muere más, el sentido purificador de los ázimos adquiere un nuevo sentido: nosotros, sus discípulos podemos y debemos ser “masa nueva”, “ázimos”, liberados de todo residuo del viejo fermento del pecado; ya no más malicia y perversidad en nuestro corazón.

Esta afirmación de San Pablo: “sois panes ázimos”, es una invitación a propagar el anuncio de la Pascua con la boca, pero sobre todo con el corazón y con la vida, con un estilo de vida “ázimo”, simple, humilde y fecundo en buenas obras. El Resucitado nos aguarda en Galilea, o sea, en los caminos del mundo, para que seamos portadores de paz, y hagamos de este mundo no un camino de cruces, un vía crucis, sino un camino de luces, un vía lucis, pues como dice un poeta palestino, Mahmoud Darwish, tenemos bastantes ayeres, necesitamos un mañana.



Fray Martín Gelabert Ballester
Convento de San Vicente Ferrer (Valencia)

Evangelio para niños

Domingo de Resurrección - 24 de abril de 2011



El sepulcro vacío

Juan 20, 1-9

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo a quien quería Jesús, y les dijo: - Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto. Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro. Vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

Explicación

Fue una mujer, María Magdalena, la que puso en marcha a los discípulos de Jesús, para que cayeran en la cuenta de que su muerte no era algo definitivo, sino un paso - PASCUA - para la vida. Juan y Pedro, avisados por María Magdalena, fueron corriendo al sepulcro y al llegar y comprobar la ausencia de Jesús, entendieron lo que les había dicho en tantas ocasiones : al tercer día resucitaré de entre los muertos. ¡Felicidades, hermanos y amigos; alegría y paz porque el Señor RESUCITO!